

Mujeres que se atreven a contar su historia...

Mujer en tríptico

Ana María Dolores Huerta Jaramillo

Primera tablilla

Un doce de diciembre de 1953 llegué a este mundo en la ciudad de México, en el Hospital Militar, mi padre, Carlos, era entonces mayor del ejército mexicano. Con una decisión equivocada mi padre cambió la caballería por la aviación. De cualquier forma siempre cantaba, al mismo tiempo bailando, la letrilla que decía “la marina tiene un barco, la aviación tiene un avión, y esos guardias nacional y general en formación”.

Lo mismo pude haber nacido en Atlixco, Puebla, la familia de mi papá radicaba allí, como hasta ahora, y en alguno de los frecuentes viajes realizados por la pareja constituida por mis padres a la tierra de las flores se le pudo presentar la hora del parto a mi mamá, es decir a Juana. De cualquier forma a las pocas semanas de mi nacimiento y en la siguiente visita al referido terruño paterno fui inscrita en el Registro Civil que se encontraba ubicado en el edificio donde residía la administración municipal de aquella localidad y en ella su Archivo. Sin nadie imaginarlo, tal registro sería uno de los primeros acervos documentales con los que tendría contacto en mi vida, y no sólo por causas de identidad ciudadana. Si, Juana mi madre y Carlos mi padre. Consigno la fecha de mi nacimiento ya que por derecho pleno debería llamarme Guadalupe, pero no, según mi papá ya éramos demasiadas Lupes en la familia. Lupe mi abuela,

su mamá, que para entonces ya era difunta, Lupe su hermanita que había fallecido a los tres años de nacida, y Lupe su sobrina, la primogénita de Javier el mayor de sus hermanos. Entonces mi papá fue quien optó por llamarme Ana María Dolores. En la composición de mi nombre como en los de otras mujeres, no sólo se encuentran encerradas las vidas ejemplares de santas o divinas patronas, sino también las historias personales, matronas relacionadas con la familia de mi papá, y curiosamente mi nombre encierra algunos de los recuerdos que sobre algunas de ellas se habían grabado fuertemente en los sentimientos y por ello en la memoria de mi padre.

Mi papá, cuya infancia transcurrió durante la Revolución Mexicana, quedó huérfano de madre muy pequeño, su padre, Cleofas, se transformó en un viudo joven. Al morir Guadalupe Rojas, mi abuela paterna, de fiebre puerperal, una de las enfermedades comúnmente mortales en las mujeres de México durante los primeros años de este siglo que estamos a punto de abandonar, dejó recién nacida a Lupita, muy pequeños a Pepito, Carlos y Javier. En poco tiempo aparecieron candidatas a llenar el vacío dejado por mi abuela en la cama de Cleofas y a compartir su corazón habitado de recuerdos. Entonces se presentaron en escena dos señoritas que eran hermanas entre sí y que empezaron a visitar con frecuencia a Cleofitas, ambas así lo empezaron a llamar. Las dos señoritas, una se llamaba Ana y la otra Tere, se desbarataban en halagos y coqueteos con mi

abuelo. Pero los tres hermanos, Carlos, Pepe y Javier, chicos e inexpertos, por temor a ver reemplazada a su mamá conspiraron en contra de las asiduas visitantes. Cada vez que Anita y Teresita llegaban con cualquier pretexto a casa del cotizado viudo, los tres hermanos deliberadamente se dedicaban a hacerles la guerra, comportándose lo más mal posible, haciéndoles groserías al punto de espantarlas para que no regresaran jamás. Y en efecto lograron su propósito. Con el tiempo mi padre ya crecido y con cierto nivel de conciencia reconsideraba su actitud infantil frente a aquellas damas, y se hizo a la idea de que tal vez resueltas positivamente las aspiraciones de alguna de las referidas mujeres y si su padre se hubiese casado con alguna de ellas, no hubieran sufrido ni él ni sus hermanos como lamentablemente sucedió. Una manera que encontró mi padre para lavar su conciencia fue nombrándome Ana María, en honor de una de las referidas pretendientas. El nombre de Tere le correspondió a mi hermanita menor, nacida tres años después de mi. El Dolores, mi segundo nombre, tiene origen en una tía abuela de mi papá, hermana de Joaquina, la mamá de Guadalupe. Ambas, Lola y Paqui, éste último sobrenombre de Joaquina, junto con Eduwiges, otra de las tías de historia trágica, fueron hermanas y todas nacieron en Izúcar de Matamoros, al sur del Estado de Puebla. Cuando Paqui se casó con el general Javier Rojas, brazo derecho de Porfirio Díaz en la sureña tierra caliente del estado de Puebla, se trasladó al domicilio conyugal que se fijó en Atlixco,

Dolores sufría su separación y largas cartas le escribía a la hermana ausente donde le pedía botines y géneros de tela, y le prometía visitarla en la primera oportunidad. Todas esas penas y ausencias fraternas se encuentran profusamente documentadas en la correspondencia familiar que afanosamente mi padre archivó y encuadernó. En ella se encuentran las historias para ser narradas y ayudar a todas esas muertas a pesar de la distancia temporal a bien morir. Por eso, como no me pude llamar Guadalupe y para equilibrar el enorme peso de los símbolos femeninos en mi padre que siempre ha sido un hombre de conciencia, me tuvieron que llamar también como mi tía abuela, Dolores.

Como la mayor parte del tiempo fui educada y cuidada por mi papá, ya que mi madre se separó de nosotros cuando mi hermana y yo aún estábamos pequeñas, en realidad, aunque de manera indirecta, creo que me educó Paqui. Una profunda convicción y práctica religiosa más una enorme lista de dichos o refranes normaron mi conducta. En mi casa se rezaba en la mañana al levantarnos y en la noche para ir a dormir. Arrodillados todos papá invocaba: “Angel de la guarda, dulce compañía, no nos desampares ni de noche ni de día”; para concluir con “San Jorge bendito bendice tu altar y libra mi cama de ponzoñoso animal”. También nos enseñó a venerar el agua de San Ignacio de Loyola, al sacerdote mártir cristero Miguel Agustín Pro, y a San Martín de Porres de quien guardaba celosamente una reliquia. Rezábamos el rosario los viernes y los sábados como

mínimo. Los dichos que mi padre heredó de su abuelita, quien ante la temprana ausencia de su madre fue quien lo crió, los inserto al concluir esta primera sección de mi relato. (Anexo 1) Ahora con el tiempo comprendo cuánta sabiduría y experiencia encierran esos refraneros por aquello de que “nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido”.

Papá siempre fue muy ordenado. “Estátelo en tu casa y no te lo mal emplees”. Del él heredé el amor a los archivos, el hábito de clasificar papeles, de saber manejar los recopiladores de documentos, y de guardar cuanto recibo caía en nuestras manos. Ese afán por preservar la memoria de los actos llevaba a mi padre a anotar en cuanto objeto adquiría, y éste lo permitía, la fecha y su procedencia. Los cinturones, los zapatos, las bolsas, nuestras mochilas, los muebles, las cajas de madera, sus sombreros, todos tenían inscripciones con el día, el mes y el año en que los había comprado.

Mi padre cultivó la lectura entre nosotras a partir de su Biblia, la que con bastante frecuencia nos ponía a leer o de forma escolástica él mismo repasaba en voz alta para nosotras. También nos enseñaba a leer y a sumar, restar, multiplicar y dividir. Cuando mi hermana Tere y yo ingresamos a primer año de primaria, ya conocíamos todas las tablas de multiplicar del uno al diez, la del once era la más fácil de memorizar. La rigidez de mi padre en esa materia llegaba al punto de dejarnos sin probar alimento hasta que resolviéramos las operaciones

matemáticas que empezaban con el clásico: “si Pepito fue a comprar tanto y llevaba más cuanto...qué compraría?”. Con esos métodos, porque para él y sus costumbres “la letra con sangre entra”.

Por aquello de que “casamiento y mortaja del cielo baja” mis padres se casaron en el año de 1952 en condiciones ciertamente desventajosas, mi padre tenía 42 años y mi mamá 16. La manera en que la pareja se conoció fue por demás casual. Mi padre temía apenas un año de radicar en la ciudad de México, había sido trasladado del campo de aviación de Salina Cruz, Oaxaca, en medio de una turbulencia de situaciones a las que se enfrentó en medio de un contexto político.

Antes de casarse mi mamá vivía en una de las calles de San Pedro de los Pinos, en la ciudad de México, y cada mañana, apenas asomaba el sol, inmediatamente después de levantarse, lavarse, vestirse y rezarle a San Antonio, se iba derecho a barrer la banqueta de la calle donde vivía para después enjuagarla con ayuda de una manguera. Esa era una de sus obligaciones.

Mi padre pasaba todos los días caminando por la misma calle de San Pedro de los Pinos a las seis y media de la mañana frente a la casa donde Juana vivía, unas cuerdas adelante vivía Carlos Nogueira, su compadre, amigo y compañero de armas. Mi padre aprovechaba trasladarse en el auto de Nogueira, y este se

valía de la puntualidad de aquel para no llegar tarde a la base aérea de Santa Lucía donde ambos se encontraban en servicio.

Desde la primera vez que la vio, Carlos se enamoró de Juana. Le cautivaron su porte, su tez morena, pero sobre de todo sus ojos, que por el tamaño, la forma y la manera de mirar parecían de venada. Por eso de ahí en adelante le diría “venadita chula”. Mucho después de que mi padre vio por primera vez a mi mamá conoció su sonrisa, las primeras veces que trató de conversar con ella, encontraba por respuesta un baño de agua fría. Eso fue precisamente lo que a papá le gustó, su rebeldía.

Ya como familia vivimos en un departamento en la planta baja de un edificio situado en la avenida Mariano Escobedo de la otrora defecha ciudad, muy cerca de donde estuvo la fuente de los “Hongos”. Ahí residimos hasta que alcancé la edad de siete años y mi hermana Tere cumplió cuatro, entonces mi padre decidió que nos trasladaríamos a la ciudad de Puebla.

De mi mamá heredé la alegría, el amor a las plantas, a la cocina y a la costura, también al canto. Mamá tenía un carácter extraordinario, era festiva y por lo regular escandalosa. Sobre todo escandalosa para la época en que las mujeres difícilmente salían de sus casas a trabajar y eran poco participativas en actos públicos. Mamá se apellidaba Jaramillo, nació en un lugar llamado Tanco, Gua-

najuato, en el rumbo que se conoce como Los Altos, cerca de Arandas, perteneciente al estado colindante de Jalisco. Jaramillo también se le llama al oriundo de Jarama, nombre que llevan diferentes puntos geográficos de la zona sur y andaluza de España. Seguramente por esas raíces moras mamá era sumamente supersticiosa. Como ejemplo de sus prácticas recuerdo que cuando pasaba un afilador silbando por la calle para anunciarse, mamá nos hacía, junto con ella, agitar las faldas o enaguas de nuestros vestidos y acto seguido recogerlas por entre nuestras piernas hasta que el silbido del afilador desaparecía. Eso lo hacíamos para que el afilador con su magnetismo no se llevara nuestra suerte. Nunca se debía colocar, ni por equivocación, una escoba detrás de una puerta. Ni un sombrero encima de una cama. Ni que hablar de pasar por debajo de una escalera. Cuando pedía un deseo estrellaba un huevo crudo en una vaso de agua fría que a su vez ponía invertido sobre un plato extendido debajo de alguna cama. Por las bolsas de sus sacos y abrigos siempre se asomaban listones de muchos colores que se encontraban atados a las patas de los chupamirtos o colibríes que disecados se hallaban en esos puestos aguardando quién sabe qué. Eran sus amuletos para el amor, decía. Al igual que su cuadrito de San Antonio, que mi hermana y yo frecuentemente encontrábamos volteado de cabeza y que por explicación mamá nos decía que así lo colocaba porque estaba castigado. Nosotras no preguntábamos más. Siempre tenía ruda sembrada en una maceta

o en el jardín de la primera casa que habitamos en Puebla. Con esa hierba lo mismo nos “limpiaba” que la aplicaba en las sienes, preparada en forma de chiquiadores. Algunas veces a escondidas se la tomaba hervida en agua como infusión. Nunca le faltaba yerbabuena, laurel, orégano, tomillo y pimienta. También cultivaba flores, gladiolas, gasolinas, capotes y geranios de todos los colores. Mamá siempre se jactaba de tener muy “buena mano” para sembrar los “piecitos” o trozos de ramitas que cortaba de otras plantas. Toda buena jardinera debía de tener plantas compradas, regaladas y hasta hurtadas. Juana también leía la mano, pero sobre todo la baraja española. “Por mi, por mi familia, por mi futuro, contéstame” solía invocar dividiendo al mismo tiempo en tres el paquete de naipes. Me encantaba asomarme a su bolsa de mano y sumergirme en ese eterno olor a menta dulce que la caracterizaba. Yo creo que todas las mamás olemos igual.

Mamá siempre reía. La recuerdo sentada frente a su tocador francés que papá le compró, con su imagen reflejada en esa enorme luna que con forma cuadrada parecía un gran retrato de ella. Siempre cantaba. Bueno, reía y cantaba. La letra de alguno de sus cantos decía que un árbol llamado capiro se había secado teniendo el agua en el pie y que tal vez sus hojas tuvieran razón para hacerlo pero preguntaba que el capiro por qué. Y otra estrofa hablaba de los laureles verdes

y de flores encendidas, y una más sobre que cuando la vieran con su marido no le hiciera ninguna seña. A veces cantaba sola a “capela”, o la acompañaba mi papá con el violín, su instrumento musical inseparable, como el puro que se fuma cuando está de buen humor.

Unas tardes mamá se sentaba frente al espejo de su tocador y se dedicaba a colocarse tubos o rizadores en su cabello, ambos remojados en la mitad del contenido de una botella de cerveza, el otro tanto del líquido se lo servía en un plato hondo y se lo tomaba a cucharadas porque, según decía, se emborrachaba más rápido.

Otras tardes se la pasaba cosiendo en su maquina *Singer*, que le compró mi papá, misma marca de máquinas que divulgaba el arte de la costura a través de cursos que también integraban su libro con su sistema en forma de escuadra. Mi papá convenció a mi mamá a estudiar corte y confección en una academia patrocinada por la misma empresa vendedora de artefactos para coser. Por lo regular mamá hacía todos nuestros vestidos. Los hacía muy plisados y les colocaba encajes, pasalistones, tiras bordadas y moños con cintas de colores. Y de vez en vez guardaba en los cajones del artefacto pequeños trozos de tela que envolvían un cerillo. Mamá decía que si el cerillo lograba liberarse de la tela

que lo atrapaba era una respuesta afirmativa que la suerte nos daba ante cualquier pregunta o petición. Sorprendidas mi hermana y yo descubríamos como después de estar guardados por un rato, los cerillos escapaban de sus prisiones.

Por aquello de las labores propias de su sexo, mi mamá era asidua lectora de la revista *La Familia*, que en periódicas entregas se acompañaba de un lienzo de tela, en manta o algodón, que le llamaban la labor. Eran fracciones de un mantel, que después de ser bordadas por las fans de la revista, mediante la costura podían ser unidas entre sí para obtener la obra completa. En ese tipo de revistas femeninas aparecían también las instrucciones para tejer guantes, con madejas de 25 metros de Cotón Perle marca el *Ancla* del número 5, un gancho de acero para tejer del mismo número y 4 botoncitos. También con los mismos ingredientes mientras las amas de casa veían sus telenovelas, podían tejer a gancho una lindas carpetitas que realzaban el adorno que ponían sobre una mesa o la comida producto del ritual mañanero, o sobre los sillones donde las chuleaban los que llegaban de visita, o encima de la tele o del radio...pero eso sí, hechas a mano. Y es que gran parte del encanto de mi mamá, en cuya polvera llevaba polvos de arroz y en sus labios el “Rouge”, radicaba en sus manos, por ello los anuncios sugerían: “Conserve sus manos tan adorables como sus labios. Las manos, como los ojos, pueden hablar al corazón...”. O “manos adorables, manos femeninas, manos elegantes, manos que incitan a la caricia...”. En alguna

fotografía de mi mamá que aún conservo y que le tomaron cuando fue madrina de bodas de unos parientes suyos, aparece elegantemente vestida con traje sastre y monumental bolsa con incrustaciones de carey, porta sombrero y por supuesto guantes blancos. ¡Ah si, los sombreros! que además se guardaban en enormes cajas cilíndricas que se amontonaban encima de los roperos, y en el interior de las puertas de los mismos las tías de Laura, una amiga mía, tenían pegadas las fotos de Pedro Infante, el Kid Azteca y Jorge Negrete. Sus novios. Mi mamá tenía una de Paco Michel, cantante de ranchero que le encantaba.

La imagen permanente que tengo de mi madre es ataviada a la moda de los cincuenta. Rasgos, líneas y diseños que uniformaban a las mujeres de su época. Ropa, costumbres, maneras de referirse a las cosas y ritmos que la moda pone a todas a bailar al mismo son.

La parte del cuerpo femenino de la que más se exigía era la cintura. Los vestidos de olanes, los “ampones” con crinolina debajo o en línea “A” eran ceñidos a la cintura. Podían tener hombreras, manga corta, larga, o tres cuartos, tener cuellos o cuellotes, pero siempre convergían en la cintura. Cinturas estrechas para cinturones anchos. También se imponía la falda pegada que llegaba abajo de la rodilla, y las había con hileras de grandes botones a los lados y por lo regular con una coqueta abertura inferior en la parte trasera que se disimulaba con un tablón. Porque la parte trasera del cuerpo era, y será como hasta ahora, el área

estratégica. Los vestidos se abotonaban por detrás, en las espaldas de los pantalones pesqueros con cadetes debajo de la rodilla también estaban los cierres, en las apretadas faldas también. Sin dejar de mencionar las medias que casi todas de seda y después de nylon llevaban una raya atrás, y eran sostenidas por los sensuales ligeros, o integrados a las tormentosas fajas tubulares, el remate lo hacían los zapatos de tacón de aguja y de horma italiana, y mi madre iba caminando por la calle como equilibrista sobre un alambre. ¡Cuán preocupada vivía mi mamá de que la raya de sus medias no se fuera chueca!

Nuestra alimentación fue celosamente vigilada por mi papá. El chocolate era el *MILLO*, que a cambio de varias etiquetas que cubrían el envase permitieron que mi papá nos agasajara con un libro con las letras y las ilustraciones de las canciones más famosas de *Cri-cri*, quien nos enseñó a todos los niños de México que no es lo mismo buscar al gnomo que dar con él. Una estación de radio producía semanalmente un programa de *Cri-cri* que iniciaba con un canto de grillo acompañada de música de piano, y una voz dulce y varonil que a continuación preguntaba “¿Quién es el que anda ahí?”. También llegamos a consumir el chocolate *Express* en horrosas cantidades, el de la maquinita como decía Cachirulo en su Teatro Fantástico cuya existencia correspondió al mundo televisivo dominical. El refresco, que todavía no chispa de la vida, la *Coca-cola*, que por un número determinado de corcholatas papá cambiaba por todos

los personajes de Walt Disney o los yoyos. La Sal de Uvas *Piccot*, también se hizo imprescindible y además producía cancioneros con las letras de la música mexicana. Para que los niños crecieran debían tomar la *Emulsión de Scott* y las píldoras de aceite de hígado de bacalao marca *Canin*.

El jardín de niños y el primer año de primaria los cursé en el Colegio Francés Pasteur, de esa época conservó una fotografía donde aparezco de pie uniformada de azul marino, es un vestido que desde la cintura para abajo tiene tablo-nes, en la parte superior alineados llevaba unos botoncitos blancos y visos del mismo color. Parezco marinerita. Tengo colocada una boina de paño del mismo color que el traje, de ella penden unas cintas, mi rostro posee una sonrisa plácida, seguramente estoy mirando a mi mamá.

Anexo 1 Refranes de Joaquina, la abuela paterna

- Quien mal anda, mal acaba.
- Cada oveja con su pareja.
- Casamiento y mortaja, del cielo baja.
- Dime con quien andas y te diré quién eres.
- Estátelo en tu casa y no te lo mal emplees.
- Árbol que crece torcido nunca su rama endereza.
- El que no quiera ver visiones que no ande de noche.

- El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.
- Sedacito nuevo dónde te pondré, sedacito viejo dónde te tiraré.
- No hagas cosas buenas que parezcan malas.
- El que a dos años sirve con uno queda mal.
- El flojo y el mezquino andan dos veces el camino.
- Cada loco con su tema.
- De músico, poeta y loco todos tenemos un poco.
- Barriga llena corazón contento.
- Date a deseo y olerás a poleo.
- Al que madruga Dios le ayuda.
- El que quiera azul celeste, que le cueste.
- El tiempo perdido, los santos lo lloran.
- Tanto quiso el diablo a su hijo hasta que le sacó un ojo.
- Caras vamos, corazones no sabemos.
- Ojos que no ven, corazón que no siente.
- Más vale paso que dure y no trote que canse.
- Más vale una vez colorado y no doscientos descoloridos.
- El que nada debe, nada teme.
- Pan duro pero seguro.
- El valiente vive hasta que el cobarde quiere.
- El amor y el interés se fueron al campo un día. Pudo más el interés que el amor que le tenía.
- En arca abierta, el justo peca.
- Entre santa y santo, pared de cal y canto.
- Cuando canta el tecolote el indio muere.
- En casa del herrero azadón de palo.
- Más vale pájaro en mano que cien volando.

- Tratándose de dinero hasta al diablo le da gusto.
- El hábito no hace al monje.
- Genio y figura hasta la sepultura.
- Del dicho al hecho hay mucho trecho.
- A los hijos ni todo el amor ni todo el dinero.
- El mejor amigo: un peso, un perro y un libro.
- Cuando el río suena agua lleva.
- Como te veo te trato.
- El que con lobos anda a aullar se enseña.
- El muerto y el arrimado a los tres días apesta.
- Si no fue en tu año, no fue en tu daño.
- Con quien paces; no con quien naces.
- En la tierra de los ciegos el tuerto es rey.
- Tanto peca el que mata a la vaca como el que le amarra la pata..
- Tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe.
- No hay loco que coma lumbre.
- Los muchachos y los borrachos dicen la verdad.
- No tiene la culpa el indio sino el que lo hace compadre.
- Juego de manos es de villanos y de perros.
- El que come carne de cura, revienta.
- Un grito a tiempo vale mucho.
- Los hijos y los maridos, por sus obras son queridos.
- Cada cabeza es un mundo.
- La ociosidad es madre de todos los vicios.
- Músico pagado toca mal son.
- Una de cal por las que van de arena.
- De tal palo tal astilla.

- Para que la cuña apriete debe ser del mismo palo.
- A tu amigo pélele el higo. A tu enemigo el durazno.
- Poderoso caballero es Don dinero.
- Al ojo del amo engorda el caballo.
- A caballo dado no se le ve colmillo.
- Perro que no anda, no topa hueso.
- Hablando del rey de Roma y él que se asoma.
- De noche todos los gatos son pardos.
- El que da pan a perro ajeno pierde pan y pierde perro.
- La verdad no peca, pero incomoda.
- Al que ve caballo se le ofrece viaje.
- El que no oye consejo no llega a viejo.
- No todo lo que relumbra es oro.
- Así paga el diablo a quien bien le sirve.
- Primero la obligación, luego la devoción.

Segunda tablilla

Llegamos a la ciudad de Puebla en 1961. Mi papá fue asignado a la Sexta Base Aérea Militar. La razón de su traslado fue que la ciudad de México se empezaba a complicar con el tráfico vehicular y humano, y las distancias entre un punto y otro se empezaban a hacer cada día más grandes. Mi papá de temperamento nervioso se percató de la tendencia del crecimiento acelerado de la urbe y mejor pidió su cambio para algún lugar fuera de la capital. Y Puebla fue el destino.

Una de las cosas que más recuerdo de nuestro arribo a la Angelópolis son los festejos organizados para conmemorar el primer centenario de la batalla del 5 de mayo de 1862. El desfile pasó por enfrente de nuestra casa, que se hallaba ubicada en la 24 sur, justo enfrente de la sexta base aérea militar. Para entonces tal avenida era una de las pocas que tenían doble circulación automovilística. Me acuerdo que los contingentes que desfilaron estaban muy bien organizados, y a todos los carros alegóricos los veía enormes, tan grandes que hasta me daban miedo.

Desde el momento en que llegamos a Puebla mamá nunca se sintió a gusto. A pesar de ello trataba de sobrellevar la relación con mi papá. La recuerdo cocinando sus platillos favoritos, calabacitas rellenas de queso capeadas con huevo o chiles rellenos de picadillo igualmente rebozados. Los frijoles los hacía perfectamente refritos o “chinitos” con cantidades descomunales de cebolla. Pero lo que en realidad preparaba de manera sensacional eran los pasteles con que nos celebraba los cumpleaños. Uno de sus secretos estaba en la intensidad con que batía la masa, al grado de que mi papá comisionaba a uno de los soldados subalternos a su mando para que se dedicara a ayudar en tan encomiable labor. Disposición que mi papá realizaba para ver contenta a su mujer.

Pero los problemas entre la pareja se intensificaron. Una razón de la incomodidad de mi madre la constituía el alejamiento de su familia que se encontraba en

la capital, particularmente extrañaba a su madre, mi abuela Genoveva, originaria de Arandas, Jalisco. Otro motivo igualmente importante era que mi mamá no tenía en la nueva residencia conocidos ni amistad alguna. Durante su corta estancia en Puebla apenas alcanzó a hacerse de dos muy buenas amigas, una se llamaba Magda, hija de un sargento chiapaneco cuyo nombre era Isabel y al que mi papá le llamaba Chabelo. La otra íntima fue Angelita, casada con un oficial de caballería, a quien mi papá le decía “la bruja” por sus facciones y la irritación que su amistad con mi mamá le provocaba. La base de la relación de mi mamá con sus amigas es que ninguna de las dos era poblana. Venía un tanto prejuiciada por la fama del carácter de los poblanos. Para aliviar sus nostalgias en cuanto podía realizaba frecuentes viajes a la ciudad de México y visitar a su mamá. A mi padre esa situación le molestaba. Además, como un reflejo de su insatisfacción, mamá empezó a padecer de una complicada asma que le hacía visitar con frecuencia el Hospital Militar de Puebla, algunas veces para consulta médica, en otras ocasiones era internada de emergencia. Ella argumentaba que el asma era un nutrido conjunto de alergias. Alergia a los gatos, a las plumas de ave que rellenas las almohadas, a las prendas de lana, a la altura que tenía el techo de la casa donde vivíamos. Yo creo que la principal alergia se la provocaba Puebla. Y la enorme diferencia de edades de papá y mamá contribuyó en

suma para que sus relaciones se deterioraran al máximo. Llegó el punto en que se produjo la separación.

En cuanto llegamos a Puebla mi papá consiguió, para Teresa y para mi, colegio que tenía que ser católico, de monjas y sólo de niñas porque “entre santa y santo, pared de cal y canto”. Eso no estaba a discusión. Por recomendaciones de quién sabe quién, descubrió el colegio Puebla que se encontraba ubicado a una respetable distancia de nuestra casa, para ser más claros, al poniente, en el lado opuesto. La manera más práctica y razonable que papá encontró para resolver nuestro diario traslado escolar fue convirtiéndonos en niñas de camión escolar. Contrató los servicios del autobús del colegio que nos recogía en nuestro domicilio por las mañanas y nos devolvía sudando como perros al atardecer. Siempre fuimos las primeras por las que pasaban para el traslado por la mañana y las últimas que dejaban en su domicilio por la tarde, por tratarse de las escolapias que más cerca vivíamos del chofer de la unidad. A nuestro papá no le desagradaba desmañarnos, aunque no por mucho madrugar amaneciera más temprano. Para hacernos más efectivo nuestro despertar se colocaba al pié de nuestra cama con violín en mano y así interpretaba el vals *Dios nunca muere* o la polka de *Las Coronelas*.

El camión, que llevaba las anotaciones en letras grandes de la institución educativa y la advertencia de ¡cuidado, transporte escolar!, era viejo y anaranjado,

con formas redondas, tenía una puerta, misma por donde se subía y se bajaba, lo conducía un señor llamado Don Pedro y nos cuidaba una señora de mal genio que sola ocupaba un asiento doble y que a través de un gran espejo retrovisor colocado frente a ella nos cuidaba celosamente todo el tiempo. Nadie podía hablar con nadie durante los trayectos. Bueno, sólo si le pedía uno permiso a Carmelita, así, poblanamente y por si las dudas con cariño se le nombraba a nuestra custodia. Por tradición, las niñas mayores nos contaban a las más pequeñas la historia dramática de Carmelita, tal vez con el ánimo de generar cierta piedad y comprensión hacia ella. Carmelita, para entonces hacía ya algunos años, se casó y tuvo como ocho hijos. Un día de tantos compró hongos en el mercado y los preparó como siempre lo había hecho. Para conocer su probable venenosidad los coció con ajos y una moneda de cobre, y como ninguno de estos se puso de color verde, confió en que los hongos eran comestibles. Los aderezó como acostumbraba hacerlo y se los dio a comer a casi todos sus hijos, menos al mayor y a su esposo que ese día llegaron afortunadamente tarde. Ella no comió, respetando como cotidianamente lo hacía la llegada de su esposo. Se decía que un ratito después de haberlos ingerido todos enfermaron de gravedad, para irremediablemente morir uno a uno envenenados secuencialmente. Entonces el esposo indignado por los sucesos abandonó a Carmelita. Por eso en el fondo de nuestros

corazones nos compadecíamos de ella, como buenas niñas católicas, aunque a la vez su figura autoritaria no dejara de incomodarnos.

Mamá vivió con nosotros en Puebla alrededor de dos años, accidentados por sus frecuentes ausencias. Mi padre completó nuestra educación con clases vespertinas de danza y costura. Según él “la ociosidad es madre de todos los vicios” y no podía vernos desocupadas, si era el caso nos mandaba a dormir, era mejor que dejar ir el tiempo, “el tiempo perdido lo santos lo lloran”. Una señorita, novia de un sargento, nos enseñó a hacer un muestrario con diferentes puntadas, lo que yo más disfrutaba haciendo eran los ojales.

Siempre me dio la impresión de que el hueco dejado por nuestra madre, mi papá lo trataba de llenar pero vía nuestros estómagos con sus particulares creencias sobre nutrición infantil. Una pócima compuesta por dos yemas de huevo con cerca de media taza de brandy, más un poco de azúcar, constituía la base de nuestro desayuno. A ello se agregaban dos tazas de café con leche y pan. La comida y la merienda eran proporcionalmente abundantes. Particularmente cuando mi papá disponía de tiempo para nosotras, preparaba tortas a las que les quitaba el migajón totalmente, les untaba mantequilla y les rociaba de azúcar. Después las colocaba en el asador del horno de la estufa y a fuego manso las dejaba dorar. Nosotras observamos los movimientos paternos sentadas desde

la mesa del comedor. Tras las ventanas arqueadas que daban al patio se asomaban curiosos los geranios que sembró mamá, estirados con sus flores coloradas como cabezas que vuelven sus ojos a las habitaciones iluminadas artificialmente porque el sol ya las abandonó. Habían dejado de gritar los pájaros mitoteros y sólo se escuchaban los ladridos de los perros feroces de los carniceros que vivían al otro lado del gran muro.

El ambiente de la casa se perfumaba, olía a pan dorado, a café con leche, a inmensa tranquilidad, a papá. Nosotras ni nos acordábamos de las lúgubres monjas que al otro día veríamos en la escuela, hasta olvidar que tendríamos que madrugar. De esa cocina, el mejor lugar de casa, salían las crujientes ilusiones vespertinas de nuestra infancia.

“Somos hijas del verbo encarnado, ¿hay acaso nobleza mayor?, invoquemos su nombre sagrado y entonemos un himno en su honor”, cantábamos en coro por las mañanas de todos los lunes de todas las semanas en que había clases, las alumnas del colegio particular, de monjas y sólo de niñas.

Nuestro uniforme era un vestido color azul marino, manga larga hasta el puño, con la falda tableada cuya orilla del dobladillo debería de llegarnos por debajo de las rodillas, y tanta seriedad la disimulaba un cuello de hule delgadito, blanco con un filón del mismo color del enorme moño rojo que quedaba colocado exactamente en el pecho. Todas las infantas parecíamos envueltas para regalo.

El Colegio de las monjas estaba instalado en una casona antigua, allá por el rumbo del Paseo Bravo de la ciudad, donde estuvo un zoológico, un museo de Historia Natural con un serpentario, una fuente de sodas junto a un gran depósito de agua que le nombraban el “Muelle” en el que existían lanchas para remar. Había también columpios, resbaladillas de caracol, subibajas y juegos mecánicos que ocupaban una gran plaza circular y central, cuyo dueño era un señor Castañeda.

El edificio del claustro de tiempo parcial era una construcción de dos plantas con enorme patio al centro de los salones que lo rodeaban. Un pequeño recinto adaptado para capilla se distinguía porque existía una campana plateada en su puerta y la cadena con que se tocaba, prendida del badajo, se atoraba en un elegante clavo colocado en la pared. En esa capilla que tenía un altar cubierto con carpetas de tira bordada muy blancas y almidonadas, todos los viernes un sacerdote regordete y bonachón daba la comunión a cuanta niña devota ayunaba toda la mañana en espera del acto místico. Yo creo que alguien debió sacar una estadística confidencial, que no confesional, de las niñas más asiduas al sacramento.

Eran las monjas de los años sesenta en Puebla. Se vestían todas de negro, zapatos negros, medias negras, chongo negro. Algunas de nosotras creíamos que eran hombres disfrazados de mujeres, ni la más leve curva de insinuación sexual

se podía adivinar en sus cuerpos. Pero eran “madres”, no maestras. Las “madres” podían ser altas y delgadas, austeras y rígidas; pequeñas y pispiretas y hasta pícaras, o gorditas y generosas.

Cada grupo de primaria tenía una “madre” cuya gran labor era enseñar las letras con el método Palmer, con un tintero colocado en un hueco del pupitre, mismo que tenía un lugar labrado para poner el lápiz o el manguillo. Las niñas nos sentábamos en pupitres, de dos en dos, debajo de cuyas tapas escondíamos las cabezas para podernos secretear. También usábamos papel secante cuando nos excedíamos de tinta en el manguillo y manchábamos nuestro cuaderno de doble raya, en los renglones más anchos se escribían las letras mayúsculas y en los más estrechos las minúsculas. Por eso tenían que ser de doble raya, los demás tipos de renglón no servían igual. También usábamos plumas fuentes, que se cargaban de tinta levantando una palanquita que llevaban en el costado de su cuerpo. Los movimientos corporales para realizar la caligrafía hacían con todo el brazo, no sólo la muñeca de la mano debería de trabajar porque si no las monjas nos regañaban. Si los movimientos caligráficos eran circulares en las hojas aparecían series interminables de gusanitos, y si eran de arriba hacia abajo se producían como matitas de pasto crecido, al menos eso era lo que yo veía. Las “madres” también nos enseñaban los números, la historia sagrada, la moral, a bordar carpetas para el 10 de mayo, y a descabezar maíz cacahuazintle para

cocinar el pozole, plato estrella que se ofrecía en cuanto kermés se organizaba. El mismo platillo y las tradicionales chalupas poblanas también se vendían en el folklórico puesto que año con año se instalaba en una feria que se organizaba durante la semana del doce de diciembre en el inmueble en construcción que más tarde alojaría al Seminario. Las ventas tenían como objetivo recabar fondos en beneficio de su construcción. Porque las monjas eran bien trabajadoras y fiesteras.

En el edificio del colegio había un gran salón destinado a la clase de música, y el ¡ayyy sandunga, sandunga mamá por Dios!, y “yo nací en esta rivera del arauca soñador”, alternando con “pompas ricas de colores, de matices seductores, del amor las pompas son”, se combinaban en el coro a dos voces con emocionantes funciones de cine matinal, para ver a Marisol que se iba rumbo a Río, a Joselito que siempre estaba enamorado de la luna, y a la Dúrcal que todo el tiempo tenía 17 años.

Los días más emocionantes para quienes éramos mayorcitas de edad se presentaban cuando salíamos a las calles a pedir limosna para las misiones, y llenábamos cajitas de cartón con monedas que donaban las personas por las calles del rumbo donde se ubicaba el colegio. La ciudad era tan tranquila que hasta casa por casa pedíamos periódicos viejos que se acumulaba dentro de los salones en enormes montones, se medían con metro las alturas alcanzadas y así los

grupos concursaban teniendo como ilusión el premio, un maravilloso día de campo.

Cuántas historias se contaban entre las niñas acerca de las madres religiosas: que si se bañaban en la oscuridad con agua fría; que si alguna de ellas la habían dejado plantada en el templo “vestida y alborotada”; que si otra tenía treinta y cinco hermanos y ella era la mayor; que si usaban o no ropa interior.

A las dos de la tarde sonaba el timbre, era la hora de la salida, todas las niñas nos preparábamos para abandonar la escuela de monjas, el claustro matinal.

De todas las religiosas que se desempeñaban como maestras frente a los grupos, a la que tengo en más grata memoria es a la “madre” García. Era de estatura pequeña, de tez blanca y con un carácter maravilloso, siempre estaba contenta. Cada vez que podía nos platicaba de Cuba, país en el que había permanecido tiempo atrás. Nos hablaba de las formas de expresión cultural de aquel maravilloso pueblo, sobre todo del lenguaje. Y nos recordaba con frecuencia que cuando fuéramos algún día a Cuba nunca dijéramos el verbo avanzar por caminar, tal vocablo ahí significaba vomitar. Y acto seguido la “madre” describía los rostros de las niñas estupefactas, que en aquella isla habían sido sus alumnas, cuando les ordenaba enérgicamente que avanzaran formadas en fila y por orden de estatura.

Indudablemente la “madre” García era fantasiosa e intrépida. Ni qué comparación con otras maestras como lo fueron las “madres” Briones o Llamosas, con quienes frecuentemente me presentaba a discutir los castigos impuestos injustamente a mi hermana Tere. La iglesia del Parral celebraba cada año sus fiestas patronales y se instalaba una feria, como era una de las más próximas al Paseo Bravo, aldeaño a nuestro colegio, con facilidad nos percatábamos de la situación. En esa feria lo mismo había juegos de azar y mecánicos, puestos de chulucos y alimentos fritos, los tradicionales molotes y las imprescindibles chapulucas. Recuerdo cómo en el año de 1965 en la feria se instaló también una tienda herméticamente cerrada por todos sus lados en la que se colocó una bocina a través de la que se escuchaba la voz melódica de un hombre que cantaba composiciones al estilo bolero. El cantante se acompañaba de los sonidos rítmicos de una guitarra. Cada vez que concluía un grupo de temas se escuchaba la voz de otro hombre que colocado afuera de la tienda ofrecía un suculento premio de dinero en efectivo a quien fuera capaz de adivinar el nombre e identidad secreta del cantante en cuestión. Inmediatamente que la “madre” García se topó con el incidente, llegó emocionadísima a nuestro salón de clases a convencernos de que quien se hallaba oculto cantando en el anonimato era el mismísimo Pedro Infante. Nuestra maestra tejió frente a nuestros asombrados ojos y oídos una historia para convencernos, que Pedro Infante no había fallecido en el accidente

aéreo del 15 de abril de 1957 en las afueras de Mérida. Que ella sabía de muy buena fuente informativa que como consecuencia del accidente Pedro únicamente había quedado desfigurado de la cara, irreconocible. Que desde entonces el artista prefirió que lo declarasen como muerto, pero que se ganaba la vida cantando oculto durante las diversas ferias, que sobre esa versión no existía la menor duda. Todas creímos en su historia. Nunca fuimos a apostar al referido puesto mientras duró, pero al mediodía cuando salíamos del colegio, hasta nosotras llegaban las canciones interpretadas por Pedro Infante o por alguien que como él tenía la virtud de hacer soñar y hasta flotar a las monjas enamoradas.

La etapa educativa que con más cariño añoro es la secundaria. Durante los tres años de su duración y transcurso en el mismo colegio Puebla, estuvimos gobernadas por una religiosa sumamente coqueta a quien todas nombrábamos como “madre” Aguilar. Cuando de repente se cansaba de nuestro ruidoso comportamiento, la monja nos increpaba acusándonos de sacarle canas verdes, que en efecto de ese color se le veían pero por el color del gel con que se peinaba. Esos fueron años muy importantes, durante ellos cumplí 15 años, decidí básicamente a lo que me iba a dedicar profesionalmente y tuve unas amigas sensacionales. Dicha amistad fue la consolidación de años anteriores, habíamos cursado juntas también la primaria. En cuanto pudimos, Patricia, Rosario, Magaly, Elizabeth y

yo integramos un club bajo la denominación CACHAS, que eran las siglas del Club de Admiradoras de los Changos, aludiendo al grupo efímero que interpretaba música en inglés y que se conocía como *The Monkees*, y cuya existencia se refrendaba con sus aventuras vespertinas transmitidas por televisión. Como *fans* de ese grupo protagonizábamos la contraparte de las admiradoras de *The Beatles*, las cuales ya adoraban su música.

Cuan equivocada estaba en preferir a los changos por sobre los escarabajos. A pesar de esa situación las CACHAS y el resto de las compañeras nos apreciábamos recíprocamente. Como club nos reuníamos por las tardes en casa de alguna de las integrantes del grupo, comíamos chamoys y jugábamos a la ouija, los fines de semana procurábamos pasarlos en la casa-rancho que la familia de Patricia tenía en la colonia La Calera, al oriente de la ciudad. Ahí nos la pasábamos entre comer, escuchar a los *Monkees* que interpretaban “desde que te vi yo soy un creyente...”, o “yo quiero ser libre...” y bailar, también inventábamos movimientos dancísticos que después todas practicábamos formadas en hilera. En la secundaria bailé por primera vez con un joven. No recuerdo ni quien fue, lo que sí jamás se me olvidará es que a los asistentes a las fiestas que se animaban a bailar de “parejita”, les rechinaban los huesos, estaban tan tensos y helados que las manos les sudaban espantosamente. Temblaban cuando la tenían a

uno cerca. Pero al escuchar “Una pálida sombra” interpretada por Procol Harum bien valía la pena el sacrificio iniciático de aceptar a quien te invitara a bailar. Entre los años 1966 y 1968 a quienes cursábamos la instrucción secundaria en el área de educación tecnológica nos ofrecían dos alternativas. Continuar con la tradición culinaria en la elaboración de conservas, mermeladas y postres, combinada con el tejido y con los inseparables corte, confección y costura; o la capacitación en la taquimecanografía que significaba aprender la taquigrafía para estar en condiciones de transcribir en forma codificada dictados, conferencias o diálogos para después realizar una transcripción mecanográfica. Esta última capacitación fue vista como una de las opciones más atractivas. Quien se capacitaba al frente de una máquina de escribir marca *Olivetti* se preparaba mentalmente para más tarde salir a trabajar fuera de casa. Muchísimas jovencitas compraron una máquina de escribir portátil. Algunas de ellas al entrar en contacto con el artefacto adquirieron sin percibirlo un oficio que más adelante fue perfeccionado en alguna de las decenas de academias comerciales que proliferaron en la ciudad construyendo una nueva forma de profesionalización. Para otras el contacto con la máquina de escribir fue la antesala hacia otras formas de expresión. De todas las CACHAS, Rosario y Elizabeth al concluir la secundaria siguieron en esa opción.

Unos de los requisitos en el desempeño mecanográfico era tener excelente ortografía y escribir sin mirar el teclado. Muy pronto las taquimecanógrafas investidas con el título de secretarias desplazaron a los hombres de la mayoría de los escritorios. Se posesionaron del mundo de las calculadoras, de los clips, de las engrapadoras, del papel carbón, de las gomas para borrar y del corrector líquido cuya aplicación sobre las hojas de papel se asemeja tanto a la que se hace del barniz sobre las uñas.

Más tarde la taquigrafía fue relegada con la aparición de la audiograbadora. El papel carbón fue sustituido primero por el mimeógrafo, después por la magia de la fotocopiadora. Un poema de Marge Piercy aparecida en esos años en Estados Unidos refleja el impacto que tuvo la tecnología en las mujeres que se desempeñaban en las oficinas:

Mis caderas son un escritorio.
 De mis orejas penden
 cadenas de clips.
 Bandas de hule forman mi cabello.
 Mis pechos son receptáculos de tinta de mimeógrafo.
 Mis pies llevan redecillas.
 Zummm. Clic.
 Mi cabeza
 es un archivo mal organizado.
 Mi cabeza es un conmutador
 y en él destellan líneas que se cruzan.
 Mi cabeza es un basurero
 de gastadas ideas.
 Oprima mis dedos
 y en mis ojos aparecen
 “debe” y “haber”.
 Pum. Tin tin.
 Mi ombligo es un botón de expulsión.
 De mi boca salen hojas y hojas canceladas.

Henchida, pesada, rectangular,
Estoy a punto de parir
una máquina xerox
bebé.
Archívenme bajo M
porque una vez
fui
mujer.

La figura maternal me orientó hacia el aprendizaje de las actividades “propias de nuestro sexo”. Contra de la voluntad de mi papá me inscribí en el área tecnológica donde aprendí a tejer rafia, a hacer flores con chaquira, confeccioné el ajuar para una canastilla de bebé completa, preparé rompopo y cajeta, gaznates rellenos de merengue, pasteles, galletas, suspiros de monja, almohadas de Vénus, infinidad de dulces y mermeladas, salsas, chiles en vinagre y platillos poblanos. Algunas recetas que he conservado de las referidas monjas y otras procedentes de algunos archivos antiguos las incluyo al concluir esta parte de mi evocación. (Anexo 2) Inconscientemente reproducíamos el saber culinario desarrollado durante siglos en las cocinas conventuales de las monjas poblanas. Eramos sin saber las herederas de las tradición de los claustros de Santa Rosa, de Santa Monica y de Santa Clara. El último año de secundaria aprendí a tomar medidas del cuerpo femenino: cuello, hombro, busto, cadera, cintura, largo del brazo, ancho del puño, largo de la falda... !Era increíble!, sin darnos cuenta nos habíamos convertido en mujeres.

La mecanografía de manera empírica la había adquirido en mi propia casa gracias a una maquina *Remington*, grande, pesada y de color negro, que mi papá siempre ha tenido, a la que mi mamá le confeccionó una carpeta de tela con flores moradas bordeada de una coqueta tira plisada para protegerla del polvo. La actividad relacionada con la mecánica no era novedad para mí, yo buscaba más los actos que me permitieran sentir que me ayudaban a construir un hogar, deambulando entre dos máquinas, la de escribir y la de coser.

Durante esos años de secundaria no pasaban las mismas cosas en todas partes. No todas nos enterábamos de las mismas noticias. Para las niñas que íbamos a colegios particulares, de monjas y además poblanos, que usábamos, como ya lo he descrito, el uniforme con dobladillo reglamentario abajo de la rodilla, en el año de 1968 si acaso algo descubrimos fue a los *Beatles*, los zapatos de plataforma y mucho tacón, la música de los *Animals*, y la canción de “Young girl” interpretada por los *Union Gap*. Niñas que empezábamos a ser mujeres, que en 1969 nos encontrábamos a punto de ingresar a la preparatoria, que seguiría siendo de monjas y de mujeres. Las “madres” que nos cuidaban ya para entonces usaban escandalosas medias transparentes de *nylon*, sorpresivamente sus faldas se habían acortado y empezaron a usar blusas de colores que hasta entonces se consideraban chillantes: blanco, rosa, amarillo o azul. No sólo se soltaron la greña, sino muchas hasta se la cortaron. Deliberada o casual distracción de

aquellos años, de aquel año, de aquel día y de aquel mes. Año de las Olimpiadas o de las piadosas que vivíamos en el Olimpo.

Para muchos 1968 representa un conjunto de significados que se agrupan en torno a una fecha que ya se hizo histórica para todos los mexicanos: 2 de octubre. Una fecha mitológica, una época, un momento, que nos invita a encontrar en nuestra particular memoria acontecimientos casi perdidos, aparentemente desarticulados de los que en aquel año ignorábamos.

Con el tiempo muchos jóvenes nos enteramos que en un lugar ancestralmente llamado Tlatelolco, el ya mencionado día, se había masacrado población civil indefensa a manos del ejército y la policía. No recuerdo cuándo lo supe, tal vez por los escritos de Elena Poniatowska, tal vez por las manifestaciones anuales organizadas en la Universidad Autónoma de Puebla, por la memoria colectiva de mis compañeros estudiantes, por los *posters*, por las canciones, por las pintas chorreadas que aparecían en las paredes de mi ciudad. Pero una cosa es cierta, todos y todas, si entonces estábamos vivos, tuvimos un 68 diferente. Si pudiéramos juntar todas esas diferentes vivencias, el evento de la plaza de las tres culturas tendría una interpretación en la que muchos nos hemos buscado sin hallarnos.

El asunto de la orientación vocacional fue muy curioso. Algo determinante para mi se debió a la estupenda maestra de Historia que tuvimos en los tres años de

secundaria, Marina Blanco era su nombre. Cuando nos relataba los episodios de la Historia Universal o la de México, verdaderamente se posesionaba de su papel. Si hablaba del poder lo hacía como con un cetro en la mano, si describía alguna batalla casi veíamos como desenvainaba su espada o disparaba su rifle, y cuando hablaba de derrotas y de muertos lo hacía con sus ojos compadecidos inundados de lágrimas. Ella vivía la historia, no solo nos la contaba. Siempre era enfática acerca de la justicia, la libertad, y los derechos de la gente. Todas sorprendidas seguíamos sus relatos sin pestañear. Ese contacto académico más un *test* que nos aplicaron y que entre otros resultados me caracterizó como inadaptada a la realidad, me permitieron decidir: quería estudiar periodismo o algo semejante que me convirtiera en reportera de los acontecimientos más consternantes de la sociedad. Entonces el único lugar donde las mujeres podíamos cursar esa carrera en Puebla era en la Universidad Femenina, tan pronto pudimos mi papá y yo nos informamos sobre qué se necesitaba para poderme inscribir. Nos informaron que precisamente a partir de la siguiente convocatoria escolar que aparecería al año siguiente de cuando yo concluyera la secundaria se requeriría el certificado de preparatoria. Entonces mi papá raudo y veloz me estaba inscribiendo en una de las pocas escuelas de monjas y sólo de mujeres donde se impartía el nivel bachillerato y curiosamente hijas del Verbo Encarnado también: el colegio Central.

En 1969 ingresé al colegio Central. No me costó ningún trabajo adaptarme a mi nueva situación. Usábamos un uniforme muy parecido al del colegio Puebla, sólo que el cuello era todo blanco con un botón azul con el que se abrochaba al frente debajo de nuestro cuello, y en pequeño el cuello se reproducía en nuestros puños. La bata con la que en el interior del colegio nos protegíamos el uniforme era de tela de mascota azul marino. También cantábamos el mismo himno con la misma letra todos las mañanas de todos los lunes. Estuve feliz al enterarme que Patricia y Rosario, mis amigas y compañeras, se habían inscrito en el mismo plantel. Paty quedó inscrita en el grupo “A” de preparatoria, yo en el “B”, Rosario empezaría a cursar la carrera de Comercio. Mis amigas y yo nos encontramos a la hora del recreo y a la salida del colegio.

Algo que también contribuyó a mi rápida asimilación al nuevo colegio fue que la maestra de Historia de México era la misma que habíamos tenido en la secundaria. En una ocasión ella nos dejó una tarea a todo el grupo. Distribuyó entre todas las estudiantes los temas que integraban el programa del curso, que resumidos serían transcritos por cada una de nosotras en una hoja de papel. Y para que todas tuviésemos un ejemplar de cada trabajos nos envió a un taller de mimeógrafos donde las reprodujeron. Esa fue mi primera experiencia en reproducción de textos. No se conocía aún el uso masivo de las fotocopadoras. Aunque hubo alguna niña que logró hacernos conocer las fotocopias, cuando así

llevó la tarea que le correspondió. Eran unas hojas de papel brillante que olían fuertemente a amoníaco.

Otro contacto con los medios de comunicación impresos, aparte de los libros, lo teníamos en el curso de Literatura. La clase corría a cargo de la directora de la Preparatoria que por su tamaño y proporciones corporales se le conocía por “Sor píldora”. Casi siempre estaba de pésimo humor. Y cada sesión la iniciaba con la sección de sociales del diario *El Sol de Puebla*, y se dedicaba a leernos los nombres de las jovencitas que aparecían retratadas en los reportajes que publicaban sobre despedidas de solteras, bodas o fiestas de canastillas. En los colegios de monjas nos hablaban del matrimonio pero nunca de sexo. Después de examinar el dechado de virtudes de las mujeres fotografiadas en el diario, a continuación “sor píldora” siempre nos indicaba que casi todas ellas habían estudiado en el Central, recitando en tono de sermón que ellas eran el modelo de mujer al que todas deberíamos aspirar. Casadas, de blanco y con un apuesto y ¿adinerado? joven.

De repente un par de monjas norteamericanas llegaron al colegio *Central* y convocaron a alumnas que voluntariamente se quisieran reunir con otras tantas que procedían del colegio *América*, de monjas teresianas que aún existe en Puebla, lo anterior no hubiera tenido nada de particular si no hubiera sido porque el anzuelo eran los alumnos de la misma edad que provenían del instituto jesuita

Oriente y del colegio *Benavente* que en ese entonces eran de hombres únicamente. Las organizadoras manejaron como atractivo central crear con todos nosotros, chicas y chicos, un grupo musical denominado inicialmente como “Cantata”, luego como *Sing Out* u *Up with people* que a final de cuentas se reconoció como “Viva la gente”, como más tarde era anunciado por sus patrocinadores, Sabritas y Pepsicola. Nos reunieron y nos pusieron a ensayar a ritmo de *rock and roll*, nos uniformaron, a las mujeres con *jumpers* en tonos rosas mexicanos, a los hombres con *sweater* color guinda. Se descubrieron las primeras voces, las segundas, los coros, el mejor baterista, los mejores guitarristas. A las mujeres nos vistieron de color rosa o azul mexicano y nos pusieron a cantar letras en donde se hablaba de cosas como “de qué color es la piel de Dios” o “la gente la hay dondequiera que vas”, o aquello de “pobre o rico, jefe o súbdito, muévete, muévete, la vida es muy corta”. Ya en franco plan profesional nos presentamos en el Teatro Principal, en el canal de televisión poblano que apenas nacía, en asilos para ancianos, en colegios, en fin creo que por otro poco y hasta grabamos un disco. Los nombres al igual que la letra de las canciones se me han ido borrando, pero allí anduvieron las hermanas Escalera, Alejandra Montero, Victor Cárdenas, Gilberto Marín, mis amigas Rosario y Patricia, los Iguíñiz, Dina Couttolenc, Veronica Mastretta y su hermana Ángeles,

entusiasta continuadora de la organización del grupo cuando las monjas güeras se despidieron del grupo y de la ciudad.

A esta acción aglutinadora de jóvenes estaban paralelamente aunadas las inolvidables “misiones” a poblaciones rurales, donde además del mensaje evangelizador era llevado, sobre todo, un poco de orientación cultural sobre aspectos que iban desde las consabidas normas de higiene para cuidar al recién nacido hasta educación sexual. El motor de esos eventos: jóvenes con enormes necesidades de encauzar su acción, de organización, de orientación y llenos de expectativas. Y un sacerdote a todo dar, José Luis Ramírez.

Muchas veces me he preguntado, eso, todo eso a qué correspondió. Una colega de aquellos años me dijo apenas: era la izquierda dentro de la derecha poblana, o una derecha demasiado atrevida.

Una buena nota en sociología, curso que era impartido por el licenciado Roberto Ortíz Dietz, y el premio obtenido en un examen especial, me confirmó el área a la que me dedicaría, y entonces me decidí por la Historia. Aunque con el tiempo he venido a comprender que estudié Historia porque tengo pésima memoria. Sólo las cosas escritas se recuerdan, porque los muertos cuando nos dejan también se llevan con ellos sus vivencias. Así como algunos estudiaron medicina porque tenían a su madre enferma y así alimentaron la esperanza de sanarla, o

porque alguien enfrentó prolongados juicios de orden legal se hicieron abogados, o los que para resolver sus problemas psicológicos estudiaron Psicología, creo que yo para poder recordar las cosas estudié Historia. Anotando las fechas, los lugares y los nombres de todo lo que con el tiempo encontré en otros tantos papeles es que puedo recordarlo. Siempre se ha creído que para ser historiador hay que tener una excelente memoria, yo creo que más bien es una disciplina que por tener que escribirse es útil a las desmemoriadas como yo. Aunque a veces el olvido es conveniencia propia.

Entre los últimos meses de 1970 concluí la preparatoria y los primeros meses de 1971 en que realicé trámites para ingresar a la Universidad, establecí vínculos con un grupo de teatro constituido por universitarios que estudiaban diversas carreras profesionales. El grupo se identificaba bajo las siglas de ASPA, cuyo significado nadie podía desglosar convincentemente. El director de escena era Antonio Landa, y a todos nos dedicaba atención y disciplina para que aprendiéramos a hablar con claridad y sin ninguna clase de sonsonete. A mi en lo personal me costaba horrores modificar mi tono de poblana, caracterizado por arrastrar como cantando las últimas sílabas de las palabras particularmente cuando se pregunta algo. De las cosas más maravillosas que me sucedieron a partir de mi contacto con el ASPA fue que en esas reuniones supe de la existencia de Gabriel García Márquez y sus *Cien años de soledad*, por alguno de los

compañeros pude leer *Metamorfosis* de Franz Kafka, al igual que *La región más transparente* de Carlos Fuentes. También circuló entre todos un texto intitulado *Las memorias de Judas*, que desmitificó en mi la versión oficial que conocía sobre la vida de Jesucristo.

En las fiestas a las que me convidaban mis amigos del grupo de teatro escuché las rolas de Carlos Santana *Caminos del mal* y poco después aparecía *Mujer de magia negra*.

Desde finales de 1970 tuve las primeras oportunidades de entrar al edificio Carolino, erigido en 1578 para albergar a la Compañía de Jesús, y nombrado de aquella manera en honor de su primer patrono inmediato después de la expulsión de los religiosos de Nueva España, el rey Carlos III. En 1970 el exclaustro jesuita albergaba diferentes unidades académicas de la Universidad Autónoma de Puebla. El conjunto arquitectónico me parecía inmenso. Tres grandes patios, cada uno con su fuente en medio, maravillosos espacios como el Salón Parainfo, el salón Barroco, el salón de proyecciones, las catacumbas, mudos escenarios del tránsito centenario de estudiantes.

Anexo 2

Recetas heredadas de las monjas del Verbo Encarnado y otras procedentes de archivos antiguos de Puebla

Pipián bigote

Se remojan chiles anchos en vinagre y ya que están bien remojados se muelen con jitomates, pan tostado en manteca, ajo, pimienta, clavo, agregándole vinagre. Luego de todo esto, se pone a cocer la carne de gallina con cebollas enteras, perón ó membrillo y piña, y polvo de orégano. Ya que está cocida la carne, que puede ser de puerco o gallina, se pone a sazonar en el chile que antes se hizo y se adorna con chiles en vinagre y aceitunas.

Chiles verdes en frío

Se tuestan los chiles huauchinangos, se pelan muy bien teniendo cuidado de abrirles muy poco: se echan en agua de sal por dos días, teniendo cuidado de mudarles el agua por lo menos tres veces al día. Ya que se van hacer se les da una ligera hervidita en fuego muy lento para que no se deshagan, luego se sacan, se desvenan y se rellenan con el siguiente picadillo: carne de puerco, chorizo y jamón se sazona muy bien y se le agrega sardinas bien limpias y deshuesadas y queso fresco rallado. El caldillo se prepara, asando jitomates, se muelen muy bien, se les pone un poco de orégano seco, sal, queso y vinagre. Se acomodan los chiles en un platón, se les hecha este caldillo y se adorna con lechuga y rebanaditas de aguacate. Los mismos chiles pueden servir para vigilia poniéndoles nada más sardinas con aguacate y queso para el relleno.

Calabacitas en Nogada

Se remoja en agua tibia la cantidad que se necesite de nueces de Castilla que han de ser grandes y se les quitará el pellejo. Se remojan también almendras pero en menor cantidad que las nueces. Ambas cosas se muelen en un plato muy limpio y se les ponen algunos pimientos de modo que sobresalga el sabor de estas. Se pone también un pedazo de migajón remojado y queso fresco. Todo ha de estar muy bien molido y con la sal necesaria se le agrega bastante aceite, se acomodan las calabacitas que de antemano se tienen cocidas con sal, se cubren con la notada y se adornan con granada y rabanillos y se sirven en frío.

Gallina en yema

Hecha en trozos y frita en manteca y sal se le aprega jitomate solo y molido, unos ajos, lo mismo perejil picado y estando frito esto se le agrega buen tanto

de vino, agua, clavo, pimienta molida, pasas, almendras. Ya que esté cocida se espesa el caldillo con yemas de huevo cortadas con vino y al tiempo de echarlas se mueven bastante para que no se hagan bolas.

Gaznates

- 200 gramos. de harina
- una cucharadita de tequesquite
- 6 huevos
- 12 cucharadas de vino fuerte
- 2 “ de mantequilla
- 1 naranja
- aceite o manteca para freír
- 1 cucharada de azúcar

Se cierne la harina y la cucharadita de tequesquite, y se le agregan las seis yemas, y luego el jugo de media naranja, se revuelve bien y para que no se pegue en la mesa, se unta una poquita de manteca, y se deja reposar por lo menos media hora. Y luego cuando ya este lista la masa se palotea, y se extiende el grueso de una tortilla, se cortan tiras del ancho de los moldes que son unos tubitos y con ella se forran y se frien.

Dulce de ciruela pasa con crema chantilly

- 5 claras de huevo
- 250 grs. de azúcar granulada
- 1/2 kilo de ciruelas pasas.
- Jugo de limón o vainilla al gusto

Se ponen la ciruelas a dar un hervor, con muy poca agua. Se deshuesan y se muelen, se les ponen la mitad del azúcar, el jugo de medio limón, y raspadura de vainilla.

Se baten las 5 claras a punto de turrón: cuando ya esta a punto, se le va incorporando el azúcar, poco a poco y sin dejar de moverla (ya no batiendo fuerte, sino nada más a revolver muy bien el azúcar) para que no se bajen las claras. Unir cuidadosamente con las ciruelas.

Se engrasa el molde, se pone la pasta, y se mete al horno regular (20 minutos) para que esponje y se le forme costra. Se deja enfriar y se pone en copitas de

champaña, se cubre con crema chantilly y se le pone encima a cada copita una cereza, una ciruela o un corazón de nuez.

· Rompope

-15 huevos

- $\frac{3}{4}$ de kilos de azúcar

- $\frac{1}{2}$ de litro de aguardiente bueno

- $\frac{3}{4}$ de litro de leche.

Se hace la miel poniéndole canela o vainilla y el punto que ha de tener es que al cogerla con una cuchara haga hebra. La leche se puede hervir también con canela o vainilla para que tenga más sabor.

En una olla vidriada u otro objeto liso se van poniendo los huevos (clara y yema) y ya que está todo se comienza a batir por espacio de hora y media sin parar nada hasta que este el huevo espeso, se bate con una pala de madera como si fuera chocolate.

Cuando se comienza a batir ya debe estar la miel preparada y la leche bien caliente.

Cuando el huevo está ya batido se le va poniendo la miel preparada bien caliente en chorro fino y en igual forma se le pone la leche y por ultimo el aguardiente frío, se va probando para que no vaya a quedar muy fuerte.

Al comenzar a batir y hasta que está el huevo espeso deben hacer la batida 2 o más personas para no dejar de batir ni un momento, pero cuando se comienza a servir la miel, la leche y el aguardiente debe batir una sola persona sin parar y como si batiera turrón. Se deja reposar y a que enfrié, y la tela y espuma que se hace encima se desbarata con el batidor. Batiéndolo todo se cuele y se embotella procurando que las botellas estén bien limpias y bien secas, y antes de ponerles el rompope se bañan con aguardiente y se escurren bien.

Almohadas de venus

A una libra de harina se le mezclan cuatro yemas de huevo, una taza rasa de agua fría, dos onzas de mantequilla y una poquita de sal; se amasa bien todo hasta que esté suave; se cortan los pasteles del grueso de un cigarro, se les da la figura de almohaditas y con unas plumas se les pone un botón que se hace de clara de huevo con polvo de azúcar.

Suspiros de monja

En una cacerola se pone un poco de agua y sal; que hierva fuerte y se aparta; al momento se le pone un puño de harina y se le va batiendo sin cesar poniéndole huevos, clara y yema, de manera que no quede ni aguada ni espesa, sino de un espeso que se tome con una cuchara de la mesa y se pueda freír; se conoce que esta cuando hace ojitos. Se pone un sartén con manteca caliente y se van poniendo; al sacarlos se les pone polvo de azúcar por encima.

Tercera tablilla

Por fin estaba yo en la Universidad pública, para entonces la Femenina había desaparecido, y ya ni recordaba mi propósito de estudio anterior.

Desde que ingresé al primer año de la carrera de Historia, empecé a tener contacto con las historias relativamente recientes de la institución, algunas remotas y otras relativamente recientes. Supe que el Colegio del espíritu Santo, antecedente de la Universidad, fue fundado en el siglo XVI por los religiosos de la Compañía de Jesús para la enseñanza. Escribir y leer latín, gramática, filosofía y teología eran los principales cursos. También instruían a los indígenas en la religión cristiana. Los jesuitas, a quienes no les gustaba nombrarse frailes sino padre, amantes de medir el tiempo pues eran relojeros, fueron expulsado de la Nueva España en 1767. Todo un capítulo de vicisitudes representa esa parte de la gesta entre la orden monástica y las autoridades virreinales. Años después, un decreto de 1825 transformó a la institución jesuita en Colegio del Estado de Puebla. También se decía que en 1910 los estudiantes de ese Colegio habían apoyado abiertamente al candidato Francisco I. Madero cuando visitó la Angelópolis, y como consecuencia fueron expulsados. Renunció el entonces rector José Rafael Isunza, y más tarde fue removido el gobernador, Mucio P. Martínez. Ese fue el sello del emblemático año. Ateniéndome al origen institucional, de hija del Verbo Encarnado me convertía en hija de la Compañía de Jesús con todo y Espíritu Santo, aunque la esencia que a la larga había trascendido era la deliberación y la crítica.

En 1964 otro gobernador de la entidad cayó a consecuencia de las movilizaciones de una población enardecida por los discursos estudiantiles. La misma multitud que tres años antes era encendida por el entonces Arzobispo para linchar estudiantes y profesores de esa universidad. Paradojas de la Historia. El pasado de la Universidad se hallaba entretejido de crónicas de rebeldía. El inolvidable 1968 también había transcurrido al interior de la institución.

Eran las historias orales de las grandes experiencias políticas de los universitarios poblanos, los ropajes místicos que arropaban a quienes ingresábamos a la Universidad, mi nuevo estandarte estaba coloreado con las grandes experiencia políticas en el centro educativo poblano.

Por esa trayectoria política inmediata al momento en que empecé a asistir a la universidad fue que presencié cambios muy radicales. El grupo de estudiantes inscritos al que yo pertenecía presentaba una composición bastante irregular. Algunos compañeros eran bastante mayores y con experiencia docente, otros eran un poco más jóvenes, el resto éramos mujeres de la misma edad. En cuanto se iniciaron las clases los compañeros de mayor edad promovieron reuniones en el grupo con la finalidad de remover a los profesores a partir de una evaluación de su desempeño en las clases. Yo no lo podía creer. Acostumbrada a la disciplina hogareña e institucional, con sorpresa y emoción presencié, e irreme-

diablemente respaldé, la destitución de uno a uno de nuestros profesores y profesoras. Aunque el discurso para realizar tales reformas se apuntalaba en lo académico, indudablemente había un mundo profundo de razones políticas y personales de mis compañeros que en aquel momento yo no alcanzaba a advertir. Todos los profesores destituidos democráticamente fueron sustituidos por otros, muchos de los cuales tenían alguna clase de vínculo con una organización política que muy pronto ocuparía el poder dentro de la Universidad: el Partido Comunista Mexicano.

El 10 de junio de 1971 escuché en la radio la noticia que informaba del ataque perpetrado por un grupo de halcones a una manifestación estudiantil en la ciudad de México. Descubrí que me dolía saberlo.

Las ideas socialistas en la Universidad venían a llenar un espíritu de insatisfacción teórica. Todos buscaban ideas diferentes que permitieran explicar el origen de las cosas y el desarrollo de la sociedad. El plan de estudios que cursé incluía varios cursos de materialismo dialéctico e histórico, otros de economía política. De manera muy libre circulaban entre todos los estudiantes folletos que divulgaban el pensamiento marxista y el modelo económico político del socialismo entonces en boga: la Unión Soviética. Todo ello para mi resultaba francamente extraño, ajeno a mi, simplemente incomprendible. Mi padre conoció algunos de

esos folletos de divulgación que lleve a casa e inmediatamente me tachó de comunista y me exigió que abandonara la Universidad. Entonces yo me defendí y le expliqué mi decisión: antes abandonaría el hogar que renunciar a mi derecho a ser profesionista, no me interesaba ser comunista, sólo quería ser una universitaria. Finalmente mi papá lo comprendió y me aceptó con mi propósito. Y con mis botas, mis pantalones de mezclilla y mis camisetas de algodón con el rostro del Che Guevara estampado.

Muy pronto observé que jóvenes, muchas y muchos jóvenes, aparte de mi y de mis compañeros, circulaban a través del edificio Carolino. Cruzaban por el tercero y segundo patios. Se movían por entre los pasillos y corredores y las solemnes escaleras, que son tres, cada patio, así como su fuente, posee la suya. Si bien los chicos entre quince y diecisiete años se desplazan con una velocidad peculiar, impresa de curiosidad, desafío y cierta ingenuidad; a los que me refiero además los caracterizaba una cohesión tangible, un mismo ritmo al andar. Pronto me enteré que aquella población juvenil habitaba escolarmente la parte denominada como las “catacumbas”, el entrepiso del tercer patio. Los salones ubicados en el referido lugar se hallaban ocupados por grupos de estudiantes que hábilmente habían improvisado sus pupitres con tablas de madera donde se sentaban juntitos a recibir las cátedras impartidas por sus también improvisados profesores. Había nacido la Preparatoria Popular Emiliano Zapata.

La Popular ya tenía un año de existencia en 1971 cuando algún compañero de la Escuela de Filosofía y Letras me invitó a impartir una materia, sin honorarios, en la joven preparatoria sin percibir honorarios. Varias cátedras se encontraban sin cubrir: matemáticas, física, química, literatura, historias... Ya que me encontraba inscrita en el Colegio de Historia acepté colaborar con dos grupos de primer año para impartirles Historia del Arte. Esta materia estuvo presente durante muchos años en los planes de estudio de las preparatorias de la Universidad y por consiguiente en los planteles del mismo nivel incorporadas a ella. El único texto al alcance era un cuaderno de apuntes mimeografiado sobre la temática señalada que se conocía para el nivel medio superior elaborado por el doctor Ernesto Marín Leal, y que abarcaba desde las expresiones artísticas de la Prehistoria hasta la cultura Renacentista. Ese cuaderno, más los textos de *Historia del Arte* de Diego Angulo Iniguez, y los varios volúmenes de Arnold Hauser recomendados por algún otro profesor que venía del Distrito Federal, fueron los apoyos bibliográficos con que conté para cumplir el primer compromiso docente de mi vida.

Los alumnos entusiastas, con ese ánimo que tanto nos ayudó a todos nosotros aprendices de maestros y maestras, asistían con notorio interés a clases. Los muchachos generalmente vestían pantalón de mezclilla con botas mineras. Las

chicas eran distintas, pero todas eran amables. Cuando investigué a que se debían tan precarias condiciones de trabajo tanto para alumnos como para maestros, se me explicó que esa escuela era la preparatoria “popular”, que un año atrás, en 1970, se había fundado con los estudiantes rechazados de la Benito Juárez, el único plantel de ese nivel en la Universidad hasta entonces. Con el apoyo de padres de familia y de un grupo de maestros que decidieron trabajar para ella sin ninguna remuneración económica había nacido el segundo bachillerato universitario. Fue entonces y ahí cuando conocí a muchos universitarios que permanecieron en la historia cotidiana de la Universidad de estos últimos años del milenio. Rectores, secretarios del Sindicato de trabajadores de la Universidad, directores de escuelas, militantes y dirigentes de partidos políticos, estuvieron alguna vez en la “popular”.

Con el tiempo y el trabajo de todos se obtuvo subsidio para la “Pop”, entonces se nos comunicó a algunos maestros que colaboramos durante dos o más años que como entonces ya había presupuesto, que a partir de ahí en adelante se contrataría sólo a profesionistas titulados. Como muchos de los que impartíamos los cursos aún éramos estudiantes de algún nivel de carrera al no cubrir el requisito tuvimos que retirarnos. Recuerdo que por lo menos para Historia del Arte se continuó la importación de profesores del Distrito Federal, de los que nunca constaté a ciencia cierta si estaban titulados o no, ni en qué. Triste fue

para quienes colaboramos dejar la Preparatoria Popular. En ella se quedaron los recuerdos, los grupos de estudiantes que de acuerdo con sus tendencias políticas eran conocidos familiarmente como los “Maos” o “Mamecas”, y el “Comité de Lucha”, los alumnos que al finalizar el ciclo escolar obsequiaron a los profesores una fraternal sonrisa de gratitud, las reuniones de academia, la maravillosa oportunidad de ensayar nuestro papel de “maestros”.

A la distancia de todos estos años de la fundación de la Popular, todavía cuando transito por el espacio arquitectónico donde la referida escuela se encontraba, desde el fondo de mis recuerdos me parece escuchar con melancolía el himno cantado por jóvenes de entonces:

“Si porque me ven con botas
piensan que soy militar,
pero yo soy estudiantes
de la Prepa Popular
soy estudiante de la Popular
y mi consigna es luchar y estudiar...”

Posteriormente, y a raíz de mi primera experiencia docente fui invitada a dar clases en otros planteles de educación media superior. Para finales del 1971 ya impartía cursos en una preparatoria de Atlixco, Ignacio Ramírez en memoria de un ilustre liberal mexicano y en la preparatoria Benito Juárez, donde posteriormente también impartiría algunos cursos de Historia del Arte.

Otro contacto que me involucró en experiencias totalmente novedosas fueron las organizaciones estudiantiles autonombradas comités de lucha que funcionaron en todas las escuelas de la Universidad, como resultado de una corriente ideológica que se identificaba con el concepto de “Reforma Universitaria” que encerraba las aspiraciones de una Universidad crítica, democrática y popular. Corriente ideológica que también produciría sacrificios de universitarios connotados.

Las mujeres que participábamos en los comités, con nuestras peculiaridades y diferencias, impulsamos cuestionamientos a un conjunto muy amplio de creencias impuestas en el actuar femenino desde varias décadas atrás. Durante los años setenta, jóvenes estudiantes participamos en torno o dentro de los “comités”, sin necesitar de una invitación especial pero a la vez sin encontrar obstáculos para incorporarnos. El debate abierto entre dichas organizaciones fue otra forma de cátedra universitaria.

Las mujeres que construyeron su propia posibilidad de actuar en el escenario político estudiantil de aquellos años, han ocupado importantes posiciones en la Universidad actual. Directoras de escuelas y facultades, profesoras, líderes académicas y sindicales, investigadoras, jefas de departamentos, algunas de las universitarias que conquistaron esos ámbitos tuvieron presencia en los “comités”, ellas los animaban. Si bien las participantes en esas agrupaciones no fueron el

factor determinante en la existencia de la organización trascendental de aquellos tiempos, desde el comité de lucha de Filosofía y Letras, al cual pertencí, se reconocían rostros de compañeras que por su actividad política en general resaltaban y ponían ejemplo de lo que las universitarias éramos capaces de aprender. Entre las participantes en esos ámbitos se compartía fuertemente la inquietud en torno a la idea de la “maternidad voluntaria”, que consistía en la necesidad de información sobre el funcionamiento de nuestro propio cuerpo y a partir de ahí poder participar en una decisión que transformara nuestras vidas para siempre. Los escritos de Alejandra Kolontay, Gisele Halimi y Margaret Randall sentaban las bases de un movimiento que se identificaba como feminismo o liberación femenina. Independientemente de estar o no de acuerdo con esos postulados, para mí eran propuestas francamente novedosas que contrastaban contundentemente con mi tradicional instrucción religiosa. Entre las mujeres que habitaban un espacio cuyo sentido es la actividad académica se generaron reflexiones en torno a nuestras relaciones con los hombres, la política de las tareas domésticas, las nuevas ocupaciones femeninas y sus ingresos económicos, el cuidado de los niños. Nos apasionaba una revolución como la veía Margaret Randall, en la que fueran esenciales “tanto un hombre nuevo como una nueva mujer”. En la Universidad las mujeres ocupábamos además otras posiciones: secretarias, alumnas, bibliotecarias, deportistas, como género femenino nos

identificábamos. Editábamos textos de divulgación feminista y el 10 de mayo de 1973 organizamos una manifestación y al concluirla nos reunimos en torno del actor Enrique Lizalde quien leyó poemas en el primer patio del edificio Carolino. Muchas de esas inquietudes y su reivindicación quedaron plasmadas en los estatutos que rigieron las relaciones colectivas de trabajo del Sindicato universitario fundado en 1978, también ahora las encuentro fundamentando ideológicamente el enfoque de estudios de género. Los planteamientos me invitaban a reconsiderar lo que tradicionalmente había entendido como la función social de la mujer.

Irrumpiendo en el espacio masculino, las mujeres en la Universidad asimilamos ciertas normas que nos permitieron conservar nuestros espacios hasta estos días. Mujeres que asistíamos a manifestaciones públicas, que aprendimos a grabar con ayuda de la maquina de escribir el *stencil* que después se colocaba en el mimeógrafo para reproducir volantes, en los que se explicaban las protesta estudiantiles y populares. Simultáneamente escribíamos demandas en grandes mantas que abarcaban de acera a acera, aprendimos la técnica de la serigrafía para producir carteles, gritábamos consignas contra el autoritarismo, se recolectaba dinero en botes, como en la escuela de monjas. Mujeres que pedían y tomaban la palabra en las reuniones que se hacían en el salón de proyecciones del primer patio del edificio Carolino, que también llevaban comida y cobijo a sus

compañeros de los comités. Mujeres jóvenes que cursaban alguna carrera profesional y que a la vez impartían cursos en algunas de las preparatorias de la Universidad. La mayoría de ellas procedían del área de ciencias sociales, otras del área de la salud y de las ciencias exactas. La concentración de algunas licenciaturas, junto con la preparatoria popular “Emiliano Zapata”, en el edificio herido en su estructura arquitectónica en el temblor del 15 de junio de 1999, dio lugar a un interesante sistema de comunicación interno que involucró a universitarias en un mismo proceso que todavía hoy seguimos compartiendo. En esa época todas nos enamoramos de Alfredo Zitarrosa, de Oscar Chávez, de Atahualpa Yupanqui; y nos identificábamos con las canciones de Cecilia Todd, Amparo Ochoa, Alfonsina Stordi, Dolores Bravo y Violeta Parra que interpretaba una trova con la letra: “¡Que vivan los estudiantes porque son la levadura del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura!”.

De todas esas mujeres sólo algunas continuamos la trayectoria universitaria, algunas otras desaparecieron del escenario institucional, otras intentaron reincorporarse sin lograrlo, de algunas más se perdieron sus rostros diluidos en el tiempo. Si pudiésemos todas regresar, devolvemos, reencontrarnos ¿de qué cosa platicaríamos?...¿platicaríamos?

Entre 1971 y 1974 viví una Universidad heroica, mítica, en su ulterior manera de nombrar los espacios académicos fue marcando sus etapas ideológicas y políticas protagonizadas por sus héroes. Una preparatoria con dos planteles, uno en Tecamachalco y otro en la capital, fue denominada "Enrique Cabrera Barroso"; a un centro de cálculo se le llamó Joel Arriaga Navarro; a otra preparatoria se le designó Alfonso Calderón Moreno; a una más pues no se olvida 2 de octubre. Poco después el Instituto de Física llevaría el nombre de su fundador Ingeniero Luis Rivera Terrazas, y años más tarde aparecería el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélez Pliego.

Durante la licenciatura establecí el primer contacto con un acervo documental donde existían fuentes de información de primera mano. MI profesor de Historia de México, a quien siempre admiré, me presentó con un profesor inglés que se encontraba en Puebla desarrollando una investigación en el Archivo Municipal. Como auxiliar de investigación conocí los expedientes contenidos en ese maravilloso archivo. La tarea fue la de transcribir datos extraídos de padrones de población, llamados libros del Cabezón, donde se registraban nombres, profesiones, domicilios, edades y más. Ahí aprendí a paleografiar los manuscritos de siglos pasados. No tuve muchos problemas porque la grafía con la que se encuentran escritos la mayor cantidad de los legajos es muy parecida a la letra

del método Palmer que yo aprendí. Me cautivó el color amarillento del papel, los rasgos accidentados de la tinta, los aromas cifrados, el sonido que producen los expedientes cuando se depositan sobre una mesa de madera. Y sobre todo la cantidad de sorpresas que nos deparan, de cuanta gente hablan, del universo de distintos tiempos en los que las sociedades se desplazaban. También pude ingresar por primera vez a la Biblioteca José María Lafragua de la Universidad, maravillas bibliográficas desde incunables hasta archivos constituidos por la centenaria institución me depararon horas de asombro y conocimiento.

Concluí la licenciatura con todo y examen profesional en 1975 y en 1976 estaba inscrita en la Universidad Nacional Autónoma de México, mi propósito realizar una Maestría.

Desde que conocí los edificios que ocupaba la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional me sentí cobijada. Lo que quería investigar para escribir una tesis era la presencia de anarquistas en las insurrecciones campesinas. Era absolutamente lógica mi inclinación hacia los movimientos sociales. El permanente clima de efervescencia política vivido en la Universidad de Puebla me había inclinado hacia la preocupación sobre las expresiones violentas de la sociedad. Esa búsqueda me llevó a conocer el Archivo General de la Nación, la Biblioteca y la Hemeroteca Nacionales. Ahí encontré las sensaciones de descubrir los documento, cómo se va amarrando o atando con hilos invisibles un traje

con el que se vestirá la historia, se cortan las mangas, el cuello, las partes delantera y trasera. Primero se hilvana con datos, indicios, después a coser fino, con el hilo de la explicación teórica.

Mis maestros y maestras en esa etapa fueron Wenceslao Roces, Andrea Sánchez Quintanar, Gloria Villegas, Eduardo Blanquel, Carlos Martínez Marín.

El casual encuentro con quien fuera mi profesor de Historia de México de la licenciatura, me brindó la posibilidad de retornar a Puebla y así ingresar como investigadora al entonces Centro de Investigaciones Históricas y Sociales. En ese 1977 lo dirigía el doctor en Historia, Benoit Joachim Joseph, quien había estudiado en una universidad francesa. Su proyecto era sumamente ambicioso, hacer historia social del estado de Puebla durante los siglos XIX y XX. El proyecto había sido estructurado a partir de una serie de temáticas cuyos ejes centrales se habían construido a partir de conceptos como las elites, el mundo rural y urbano, las mentalidades, y más, hasta abarcar los movimientos sociales, los objetivos fueron motivos para la organización de grupos de trabajo. La preocupación temática que había adquirido durante los seminarios cursados en la maestría me conectaron con las insurrecciones campesinas en el siglo XIX, yo seguía soñando con encontrar anarquistas dirigiendo levantamientos armados en esa época.

Benoit, así le decíamos cariñosamente, organizó un seminario general de investigadores donde impartía cátedras sobre los estudios históricos. Un aspecto fundamental en el proyecto eran los archivos locales. Se preguntaba cuáles archivos existían, dónde se localizaban, cómo se lograba ingresar a ellos y qué tipo de información contenían. Además de las lecturas que el seminario general exigía, otra de las tareas igualmente importante fue la de investigar, primero conocer sobre los archivos mismos y después documentarse en ellos. Se distribuyeron los objetivos documentales entre los diversos integrantes del centro de estudio, investigadores, auxiliares de investigación y prestadores de servicio social. En la mayoría de los archivos locales se constató una constante, la ausencia de catálogos, índices o clasificaciones de los legajos, expedientes o documentos sencillamente se guardaban bajo un concepto más bien de almacén, que bajo la preocupación de que todos esos escritos representaban nuestra memoria, y de que como tal se necesitaban desempolvarla de vez en cuando para no olvidar quienes somos. Así fue como llegamos literalmente a sacudir capas de olvido a diferentes tipos de paquetes de papeles, algunos estaban en cajas por lo regular bastante deterioradas, otros simplemente eran atadidos. Por las condiciones en que encontramos esos depósitos de escritos la mayoría de los investigadores realizamos catálogos. Una vez que se fue indagando sobre las características de la información contenida en los acervos, se iban proporcionando los datos

en las reuniones generales, para que de acuerdo con los temas de investigación, cada quien se dirigiese a donde más hallazgos se garantizaran. Mi tarea se concentró en el archivo del Congreso del Estado de Puebla, del cual además elaboré un inventario.

Al participar en la realización de una cronología de los levantamientos agrarios en Puebla durante el siglo XIX, los años de 1868 a 1870 destacaron entre todas las fechas. Los datos obtenidos apuntaban hacia el desarrollo de un levantamiento importante en la zona norte del Estado de Puebla en un momento en que Benito Juárez restauró y consolidó su poder presidencial, después de la guerra de intervención, se consolida. La actitud con que desarrollé la investigación que planteaba muchas incógnitas sobre ese periodo de la historia regional la había adquirido desde mi ingreso a la Universidad en los años setenta. Primordialmente me interesaba volcar el mito del poder y de la autoridad, conocer su lado humano más allá del que cubre el rostro cuasi divino de los héroes. Así después de revisar periódicos de la época, hurgar en los manuscritos del Congreso del Estado de Puebla, el Archivo General de la Nación y varias bibliotecas integré lo que constituyó mi tesis de maestría donde estudié las insurrecciones rurales en el estado de Puebla de 1868-1870.

La trágica muerte de Benoit Joachim ocurrida el 19 de abril de 1979 marcó cambios definitivos en mi vida.

En 1979 a los veinticinco años estaba embarazada de mi hija Rocío, y cuando tuve veintisiete nació mi segundo hijo, Miguel. Debido a la ubicación de mi nuevo hogar tuve que viajar frecuentemente entre la ciudad de Puebla y la laguna de Alchichica, ubicada antes de llegar a la ciudad de Perote, Veracruz. Haciendo broma los choferes de las líneas de autobuses que conducen hacia ese rumbo dicen: Acatzingo, Tepeaca, “pero te jala pa Veracruz”, en sustitución de Perote, Jalapa, Veracruz.

Viví a la orilla de la laguna, conocí leyendas sobre los extraterrestres contadas por los camioneros y conocí el *axolotl*, pues desde Nueva York llegaban estudiosos para llevarse los que nacían en ese depósito acuático. Conocí los gusanos de maguey y los tamales de flor de frijol, aprendí a cocinar palmitos, vi florear las papas, tomé atole de ajonjolí y pulque, me extasié con el perfume del sabino. Me bañaron las parteras en el temazcal, en San Antonio Chichicuautila y en la Gloria, Veracruz. Conocí a una tía Rafa, quien me encargó que algún día cuente por qué se cayó cuarenta y cinco veces en su vida. Subí el cerro Pizarro de Tepeyahualco y conocí Cantona cuando sólo era muchos montones de piedras. Y en aquellos días también redacté la tesis de Maestría.

Toda la información localizada para la tesis la transcribí a mano en unas fichas de cartulina de tamaño media carta. En uno de los extremos superiores colocaba

el asunto al que se refería la noticia y en el otro el nombre del expediente, del libro o del periódico de donde se extraía el dato. Así podía clasificar los temas. Escribí la tesis entre 1982 y 1983, literalmente con mis propias manos, con varios lápices. Las hojas de papel estaban mucho más cerca de mi pensamiento que la máquina de escribir. Cuando se terminaba el grafito de uno de los lápices, continuaba escribiendo con los que ya aguardaban su tarea, así no me entretenía y las ideas no se dispersaban. Otra ventaja era que redactando con la ayuda del lápiz podía borrar lo escrito con facilidad, rectificando, corrigiendo e insertando reflexiones o datos. Después alguna de las gentiles secretarias de mi centro de trabajo me ayudaba a mecanografiar mis apuntes ya hilvanados, una que otra de las máquinas de entonces eran eléctricas. El trabajo más maravilloso que las escribas realizaban era el de colocar las citas de referencia al pie de cada página. Tenían que calcular el espacio que deberían reservar en la parte inferior de cada hoja para ubicar los textos que respondían a la llamada de un numerito que colocaban al terminar alguna afirmación de la historia narrada. Era como si a cada hoja de papel tamaño carta se le marcara como a la falda de un vestido con un dobladillo de diferente tamaño.

La experiencia de la escritura de la tesis de doctorado fue radicalmente diferente con respecto a la anterior. Cuando a finales de los años 80 asistí a la UNAM a los cursos correspondientes, el tema que elegí se originó cuando observé que

durante mediados del siglo XIX el nuevo estado mexicano impulsó la desamortización de los bienes eclesiásticos y de las corporaciones civiles. Las propiedades de la iglesia y de las comunidades indígenas que se consideraban improductivas, en manos muertas, se podrían expropiar para que en otras manos, productivas, contribuyeran al progreso del país. Uno de esos bienes era también la educación, que durante todo el período colonial estuvo en manos del clero. Por otra parte las comunidades indígenas situadas en zonas geográficas remontadas habían transmitido de generación en generación su propia cultura en sus propias lenguas. Desde ese punto de vista el laicismo fue el camino para desamortizar la enseñanza y paralelamente se impulsaron programas de castellanización para que a través de la uniformidad lingüística todos los grupos étnicos se incorporaran a la nueva nación. Uno de los temas que afloraron en ese proceso de reflexión fue mi interés por el desarrollo de las profesiones. Me preguntaba por qué y cómo habían aparecido los estudios profesionales liberales en una universidad de provincia, es decir en la Autónoma de Puebla. Ya que no siempre han existido las mismas profesiones con los títulos de propiedad de los conocimientos que respaldan su ejercicio, me dediqué a profundizar sobre ellas. Tuve algunos acercamientos a la historia de los contadores, tenedores de libros, profesores y profesoras de escuela, hasta sobre los alfareros. Y así hasta descubrir hacia 1991 en el archivo municipal a los boticarios poblanos, cuya carrera profesional

se instituyó formalmente hasta el año de 1892 en Puebla. Para poder responder a la pregunta central de cómo fue que los farmacéuticos llegaron a existir en una institución de educación superior, tuve que estudiar cómo se desarrollaron durante el periodo colonial. Me cautivaron los tres reinos de la naturaleza que se empleaban en las boticas, el mineral, el animal y el vegetal. Piedras preciosas y mágicas, topacios, corales, zafiros, esmeraldas, granates, rubíes, lápiz lazuli. Elementos animales como la piedra de iguana, el cuerno de ciervo, carne de víbora, dientes de jabalí, caballos marinos, rabos de tacuacha y estiércol de lagarto. Del mundo vegetal todo se casi todo se aprovechaba, las raíces, los tallos, las semillas, las flores, lo mismo de hinojo, goma yedra, sangre de drago, valeriana, enebro, que de sen, hermodátiles, suelda y consuela, alcaparras, pimienta, mirabolanos, laurel, ciruelas pasas y mucho más. Con esos ingredientes se confeccionaban jarabes, aceites, tinturas, emplastos, píldoras. Los enseres que usaban en el “elaboratorio” donde se preparaban los compuestos eran peculiares, albarranes, botámenes, redomas, retornas, vitrioleros, jaroperos, matraces, alambiques, atiborres, botijas, jícaras, morteros, almuerces, pesas y medidas, y baños María entre otros. También aparecieron los libros en que se sustentaba el saber boticario y que se heredaban de generación en generación, los nombres latinos y crípticos de las sustancias, los animales ponzoñosos cuyos venenos

empleaban, los atributos mágicos de piedras y amuletos animales, quedaron integrados en un trabajo que me permitió obtener el grado de doctora en 1994. Ese mundo mágico me acercó a los recuerdos sobre mi madre, a la heredera del gentilicio *al-jamara* o río rojo, a quien me imaginaba creyendo y abogando a favor de los beneficios de la uña de la gran bestia, de los pelos de unicornio o de los polvos para embalsamar.

De los subsecuentes hallazgos en torno a la botica poblana anexo un listado de fórmulas de medicamentos de uso femenino contenidas en un recetario de 1849, que María Guadalupe Fuentes viuda de Carlos Brito, boticario del Hospital de San Pedro de Puebla, guardó celosamente durante toda su vida y que ahora conservo aún. (Ver anexo 3)

Al momento de escribir la aludida tesis me encontré con que la maquina de escribir estaba desplazada por la computadora o procesador electrónico. Mi página en blanco era ya una pantalla electrónica. Las mujeres que escribimos presenciábamos el gran cambio. Y frente a mi estaba el gran reto, aprender a llevarme bien con el procesador de textos. La grandes ventajas me sedujeron: escribir y poder borrar con facilidad, insertar palabras o renglones completos, pegar las citas de referencia numeradas automáticamente y a pié de página. Claro que se me borraron archivos completos y me sentaba en la orilla de mi cama a llorar amargamente.

Familiarizadas históricamente con el teclado que es parte del hardware, las mujeres de fin y principio de milenio hemos llegado a una feliz reunión con la computadora. Ahora escribo con la ayuda de un procesador electrónico, simultáneamente me reúno con todos los medios de escritura anteriores. Nuestro encuentro además de manual ha sido visual. El contacto con el nuevo artefacto tal vez nos este capacitando para enfrentarnos a otros instrumentos que seguirán a este.

El mundo fantástico de la historia de la farmacia me conectó con otras tantas figuras que insospechadamente existen. Soy parte de un género y de una generación. Nunca antes como ahora habíamos existido tantas mujeres para quienes nuestras ocupaciones se hallan relacionadas con la escritura. Redactar, anotar, transcribir, corregir, reportar, informar, resumir, anunciar, historiar, hacer versos, novelas y cartas de amor. Somos las escribas del nuevo milenio.

De la misma manera en que cotidianamente abrimos las ventanas por las mañanas para oxigenar nuestras habitaciones, en el procesador abrimos otras (windows) para asomarnos al mundo de la creación. Basta un teclazo para guardar lo capturado. El cursor es nuestra nueva flecha del tiempo y a través del ratón, al que siempre temimos y perseguimos y que ahora es nuestro amigo, tejemos y destejemos, cambiamos automáticamente de puntadas binarias, recortamos, hilvanamos al mundo para después transformarlo. Las mejores cosas las he

construido con mujeres. Me asumo como una más de las cariátides que sostienen al mundo y ahora lo hacemos también por el internet.

La vida es un congreso permanente de enseñanzas y aprendizajes, en el que nos apasionamos por las obras de la naturaleza y por las de la humanidad. Las mujeres actuales, dignas herederas de Sor Juana son doctas, dirigen archivos, hablan del sazón igual que de las teorías de la transmutación de la materia, se enamoran y discuten de filosofía medieval, aristotélica y de la quinta esencia. Nos trasladamos de la cocina a los laboratorios, por eso hablamos de la cocina, del chocolate y de los dulces poblanos, y de las teorías de la combustión. En un ir y venir disertamos sobre el peso de la metales, del azufre, del mercurio y de la impureza de la materia. Somos fuego y curvas hiperbólicas, parimos hijos, libros, y amamos a nuestros hombres. Somos mujeres: sabores y saberes.

Me ilusiona la vida, me la he pasado aprendiendo y descubriendo al mundo. Tengo ilusión de continuar el nuevo milenio, deseos de vivir la nueva cuenta, para escribir al lado de otras mujeres todas nuestras historias, con las que se atreven y las que aún no se han atrevido, por las que no pudieron hacerlo. Unamos nuestras manos, ramas de árboles donde aletean las semillas de la esperanza.

El Carmen, Patrimonio.

Puebla, Noviembre de 1999.

Anexo 3

Recetas para mujeres y niños procedentes del Formulario de Carlos Brito, boticario del Hospital de San Pedro de Puebla. 1849

Agua cosmética

- Agua rosada un escrúpulo
- Precipitado blanco un dracma, dos escrúpulos
- Mucílago de goma arábica dos escrúpulos
- Leche virginal dos escrúpulos

Bien mezclado se guarda para el uso.

Agua de Colonia

- Espiritu de vino criollo rectificado diez libras
- Idem. de romero tres libras, seis onzas
- Idem. de azahar dos libras
- Agua de toronjil compuesta una libra, un escrúpulo
- Hojas de bergamota dos onzas, un escrúpulo
- Id. de sidra un escrúpulo, cinco dracmas
- Id. de limón dos onzas, un escrúpulo, un dracma
- Id. de romero una onza

Mézclese

Rojo para los labios

- Carmín puro cuatro gramos
- Amoniaco líquido siete gramos
- Agua de azahar 250 gramos
- Tintura de vainilla diez gramos
- Glicerina veinte gotas

Con un almirez de cristal se pulveriza el carmín y se le mezcla en seguida el amoniaco. Al poco rato se le añaden diez gramos de agua de azahar y la glicerina y se guarda durante tres días en un pomo bien tapado agitando de vez en cuando la mezcla.

Se añade al final la tintura de vainilla y el resto del agua de azahar, se deja en reposo durante diez días y se filtra. Si el carmín procede de la colinilla, resulta una preparación excelente y completamente inofensiva.

Emplasto de cominos

- Cera amarilla una libra
- Resina cinco onzas
- Aceite rosado cinco onzas
- Trementina tres onzas

Se disuelve a un fuego suave y se cuela la mezcla a la que se agregan los polvos siguientes:

- Comino tres onzas
- Bol aromático tres onzas
- Flor de manzanilla tres onzas
- Meliloto tres onzas
- Rosas rubias tres onzas
- Arrayán tres onzas
- Sangre de drago tres onzas

Se mezclan exactamente y se hacen magdalenas para el uso.

Nota. La cantidad de aceite se minora según fuese necesario para que el empaje no quede bajo de consistencia.

Polvos de yerbas aromáticas

- Salvia dos libras
- Romero dos libras

- Matriarca una libra, un escrúpulo
- Laurel una libra, un escrúpulo
- Alucema una libra, un escrúpulo
- Tomillo cuatro onzas
- Almoradusca cuatro onzas
- Orégano cuatro onzas

Se pulveriza todo separadamente y después se mezclan y guardan para el uso.

Polvos para cataplasma

- Bayas de enebro dos onzas
- Yerba buena una onza, un escrúpulo
- Rosa rubia una onza, un escrúpulo
- Ajenjos una onza, un escrúpulo
- Nueces moscadas una onza
- Clavo especia una onza
- Harina una libra, una onza

Después de pulverizados todos los simples se agrega la harina y bien mezclado con esta se guardan para el uso.

Ungüento para las grietas de los pechos

- Polvos de grieta dos onzas
- Polvos de almáciga dos onzas
- Polvos de coral rubio dos onzas
- Aceite rosado una onza, una dracma
- Cera amarilla dos tantos

Para formar de buena consistencia el ungüento.

Pomada para la tez

- Cera blanca una onza
- Esperma en escamas una onza
- Aceite de Almendras dos onzas
- Agua de azahar una onza, una dracma

Mézclease todo.

Elixir moscado para los niños

- Agua de cerezas negras cinco onzas
- Agua de peona compuesta tres onzas
- Espíritus de alucema compuesta un escrúpulo
- Polvos de azúcar candi tres onzas
- Polvos de madre perla dos escrúpulos
- Tintura de ámbar dos onzas
- Sal volátil de C. C. dos granos

Mézclease y hágase.

Jabón para el rostro

- Jabón de castilla diez onzas
- Miel de abejas ocho onzas
- Sal de tártaro una onza, un dracma
- Agua de azahar una onza
- Polvos de lirios de Florencia una onza, un dracma
- Esencia de palo rodino lo que se quiera
- De toronjil lo que se quiera
- Alcanfor una onza

Se mezclan bien todas estas cosas y se pistan en una admires hasta formar una masa suave de la cual se harán después unas rótulas o pastillas del peso que se quiera.

Equivalencias de medidas:

Un grano= 24ava parte de un escrúpulo

Una onza= 576 granos

Una dracma= 72 granos

Un escrúpulo= 36 granos

Una libra= 9216 granos